

# La Última Curva



*Art. 57*

*16 de marzo de 2026*

Por David Landazabal – Vicepresidente de Stop Accidentes, víctima de siniestros viales y autor de *La Última Curva*

## *La ilusión del control*

Hay algo curioso que ocurre cuando llevamos muchos años conduciendo.

Creemos que cada vez lo hacemos mejor.

La experiencia nos da confianza, los kilómetros recorridos nos tranquilizan y las carreteras conocidas nos hacen sentir cómodos.

Con el tiempo empezamos a conducir casi en automático.

Literalmente.

Sabemos dónde está cada curva, sabemos cuándo hay un radar, sabemos en qué punto exacto suele ponerse pesado el tráfico.

Y poco a poco aparece una sensación peligrosa: **la ilusión de control**.

Pensamos que dominamos la situación.

Sabemos cómo responde el coche, sabemos cuándo frenar, sabemos cuándo adelantar, sabemos cuándo acelerar.

O eso creemos.

Pero la carretera tiene una característica incómoda: **no depende solo de nosotros**.

Depende del que viene de frente, del que circula detrás, del que decide mirar el móvil, del que calcula mal una distancia, del que piensa que “solo es un momento”.

Conducir no es un ejercicio individual. Es un baile en grupo.

Y basta con que una sola persona rompa el ritmo para que todo cambie en cuestión de segundos.

Es curioso observar cómo funciona nuestra cabeza en ese escenario.

Cuanto más años llevamos conduciendo, más creemos que tenemos “dominado” el asunto. Como si la carretera fuera una especie de examen que aprobamos hace tiempo y del que ya nadie nos va a volver a preguntar.

Pero la carretera es más bien como esos profesores que aparecen el último día de curso con una sorpresa.

—Hoy hay examen.

Y nadie estaba estudiando.

La experiencia, paradójicamente, tiene un efecto extraño.

Nos vuelve más hábiles...pero también puede volvernos más confiados y contradictoriamente más torpes.

Dejamos de ver ciertos riesgos porque creemos conocerlos demasiado bien.

El cruce que atravesamos todos los días, la curva que “ya sabemos cómo es”, la carretera por la que hemos pasado mil de veces.

La familiaridad tranquiliza. Pero también atonta.

De hecho, muchos siniestros no ocurren porque alguien no sepa conducir, ocurren porque alguien creyó que ya lo sabía todo.

Porque pensó: —Esto lo tengo controlado.

Y justo ahí es donde aparece la trampa, la ilusión del control es peligrosa precisamente por eso.

Porque no se siente como un error, se siente como seguridad. Es una especie de exceso de confianza silencioso.

No hace ruido, ni pita y no aparece en el salpicadero con una luz roja.

Simplemente se instala.

Y entonces empezamos a permitirnos pequeñas concesiones.

Mirar el móvil “un segundo”, acelerar un poco más en una recta, entrar algo más rápido en una curva.

Total, pensamos, si llevo conduciendo toda la vida, “yo” puedo enseñar a Fernando Alonso.

Lo curioso es que la carretera tiene muy mal sentido del humor.

No entiende de currículums al volante, no respeta la antigüedad, no concede puntos extra por experiencia.

En la carretera no existe el “yo controlo”.

Existe el **“todo puede cambiar en un segundo”**.

Y quizá ahí esté una de las paradojas más incómodas de la conducción.

La carretera no siempre castiga a los que no saben conducir.

A veces castiga a los que creen que lo dominan todo.